

DISCURSO DEL RECTOR DE LA U. CATOLICA DE CHILE

Señores:

Hoy convoqué a sesión extraordinaria del Consejo Superior de la Universidad Católica de Chile, para exponer allí—en mi calidad de Rector de la Universidad—mi personal pensamiento frente a los graves asuntos que afectan a la Comunidad Nacional.

He estimado oportuno y conveniente extender este mensaje a toda la Comunidad Universitaria y a los chilenos que puedan compartir mis anhelos.

Sabemos bien que la convivencia entre los chilenos se ha tornado crecientemente áspera y tensa. Hay pasión; hay desconcerto; hay antagonismos que separan y causan desaliento. Nosotros, aparentemente, ya no podemos manifestarnos más que desde dos bandos y aparecemos separados por un abismo infranqueable de diferencias. Es como si la Nación entera pudiese sólo expresarse a dos voces: la del "amigo" y la del "enemigo". Las condiciones necesarias del diálogo y del entendimiento tienden ya a desaparecer.

Pero el pueblo es más grande, más vasto, más hondo y más rico en sus expresiones que cualquiera división extrema impuesta por el choque de ideologías y el enfrentamiento de fracciones. Más allá de toda apariencia de desunión existe la nación entera; una historia que es necesario preservar; un lenguaje de solidaridad que quisiéramos ayudar a restituir. Existen los hombres y mujeres que trabajan y construyen en silencio. Que esperan y no renuncian, así como también todos los chilenos vigilan y reaccionan frente a la amenaza extranjera con un sentimiento de unidad nacional.

Frente a este pueblo—chilenos sin distinción—responde la Universidad Católica. A través de la multitud de sus manifestaciones, con la variedad plural de sus voces y pensamientos—respetables y respetados por igual—, la Universidad trabaja por Chile. Así hemos entendido siempre nuestra misión: como servicio a la Nación; nuestro compromiso, como una obligación ética con la liberación de todos los hombres.

En esta hora nos imponemos una nueva y urgente tarea: trabajar por la paz entre hermanos que habitamos una misma tierra; que somos responsables de una historia común y de la vocación de un destino compartido.

Podemos y debemos asumir la responsabilidad de esta tarea, porque nuestra Comunidad Universitaria ha sabido en estas horas mantener las bases de una convivencia razonable. Hemos cautelado el principio de nuestra independencia, sin plegarnos a ninguno de los dos bandos en lucha. No hemos reconocido trincheras, para así mantener fidelidad a la misión que el país nos encomendó. Nuestra palabra no ha sido uniforme ni nunca dicha con ánimo de dividir. Plural en la expresión de pensamientos y acciones, la Universidad Católica ha respondido a las normas sustantivas de la democracia que los chilenos queremos preservar. Si hoy nos dirigimos a la comunidad entera es porque sentimos el respaldo y la autoridad que a la Universidad Católica le confiere su respeto irrestricto por las reglas que rigen la convivencia democrática. Todo miembro de la Comunidad Universitaria ejerce el derecho a expresarse y agruparse y nadie se ha arrogado, no podría hacerlo, la facultad de hablar en nombre de la Universidad o de representarla sin el legítimo título conferido por nuestros Estatutos y Reglamentos. Yo asumo la responsabilidad de mis propias palabras que en conciencia, y por el cargo que ocupo, me he sentido llamado a expresar.

Asimismo, la Universidad Católica no podría—en horas de división—dividir y antagonizar. No puede, en momentos de tensión y conflicto, ser agente de discordias ni movilizar a mayor agitación. La comunidad universitaria así lo ha comprendido y ha actuado en consecuencia.

Nuestro deber en esta hora, así quisiera yo imaginarlo, es invitar a la cordura. Si los chilenos no depusiéramos ahora los antagonismos y las actitudes de estéril sectarismo; si primero y sobre todo nouviésemos la disposición de reestablecer el diálogo y la razón, las querellas continuarían ahondándose y el riesgo de más graves enfrentamientos sería mayor y más próximo.

Sólo si hay cordura podrá existir entendimiento, discusión y consenso entre los chilenos. Sólo entonces habríamos dado

el paso inicial hacia una solución de los conflictos más profundos que hoy dividen y desalientan al país.

Nuestro deber como universitarios y como Universidad Católica, en esta hora, es enviar el mensaje a todo Chile de que es necesario luchar para que estas condiciones de cordura, de discusión razonable y de concordia puedan hacerse efectivas.

Se dirá en muchas partes que la voz del Rector no puede ser entendida porque carece de realismo; porque es sólo una palabra dicha de buena fe; porque es soñar la felicidad que el presente niega bajo mil formas de agresión y querellas. Mas, aún si así fuera; aún si nadie quisiera o puede escuchar en el fragor de la batalla política; aún entonces yo expresaría estas palabras que, en su modestia, aspiran a decir una esperanza, válida e imaginar un futuro necesario. Yo siento la obligación de decir las y las digo con fe. Con esperanza también, porque estoy cierto que los chilenos sabrán escuchar siempre, en una hora de emergencia, una voz universitaria que sólo tiene el anhelo de unir; de pacificar y de llamar a avanzar en la construcción de una sociedad más justa, empresa en la cual somos solidarios la gran mayoría de los chilenos.

Dentro de los límites de la democracia cabe toda discrepancia legítima; toda disputa honesta por el poder; toda expresión respetuosa del pensamiento; toda organización dispuesta a servir al país. Los chilenos, en una enorme mayoría, estamos de acuerdo en estos principios; de su aplicación debemos responder todos por igual. Pero la democracia exige también el respeto, no sólo formal sino real, por los derechos de cada persona; el respeto por las autoridades legítimamente constituidas que deben velar por el bien común de la Nación, y el respeto a aquellos que discrepan y constituyen legítima oposición, para servir también al país desde sus posiciones y principios.

La Universidad Católica, que no es parte de la lucha entre partidos, mantiene una fe incommovible en el régimen que permite la existencia de esas agrupaciones, de sus disputas responsables y la constitución y renovación de los gobiernos que el pueblo elige.

Hemos mantenido, por eso mismo, relaciones de armonía y mutuo entendimiento con los organismos del Estado y los Poderes Públicos. Nuestra Institución ha recibido el apoyo incondicionado y abierto de todos los Gobiernos. La Universidad, a su vez, ha respetado y respeta plenamente a las autoridades representativas del pueblo.

Hoy, con mayor energía y apremio que nunca, deseamos que estos modos de acción y convivencia puedan preservarse. Pienso que ellos, y sólo ellos, podrán asegurar la continuidad institucional y permitirán a la Universidad cumplir su misión.

No debiera resultar extraño en esta hora y situación que yo reitero una vez más el compromiso de trabajo que la Universidad tiene con la Nación entera. Suele pasarse por alto, en momentos de tensión política e institucional, que el país—a pesar de toda querella—continúa su existencia; que hay miles y miles de hombres que tienen que producir y crear, que hay una tierra habitada que subsiste y espera la acción de todos para avanzar y recrear en común la vocación de su destino.

La Universidad es también parte de esa obra, y esa obra exige la presencia de la Universidad. Por eso yo reitero desde aquí nuestro llamado a la cordura y a su consecuencia necesaria: resolver, sobre la base de consensos positivos, los conflictos más graves que separan a los chilenos.

Nadie puede hoy querer o imaginar que es bueno para el país llevar los conflictos y la tensión social más allá de los límites que ha alcanzado. Un país no puede tampoco permanecer inerte por mucho tiempo. O entonces las energías se canalizarán hacia la guerra o vaciamos las voluntades en el trabajo y la creación. El Rector de la Universidad Católica anhela el producto de la concordia, y en esa circunstancia quisieramos ofrecer el trabajo de nuestra institución.

Espero también que si en algo son útiles estas palabras, cuyo sólo anhelo es la generosidad, ellas puedan contribuir mañana a establecer en la comunidad nacional, sobre bases benenos antagónicas y excluyentes, un debate más abierto, más sereno y más positivo de los grandes proyectos del país. Quiera Dios que así sea en bien de Chile y de los chilenos.

Muchas gracias.

Santiago, 18 de octubre.